

Arnould, Clause: *Iniciación en las Ciencias de la Educación*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, S. A., 1970. Traducción de la 1a. edición en Francés (1967).

Durante muchos siglos la Pedagogía, interpretada equivocadamente en su etimología, se fue desvinculando cada vez más de la realidad. La “conducción del niño” asignaba a éste un papel eminentemente pasivo y establecía la relación maestro-alumno desde la perspectiva del primero. Urge un cambio de enfoque.

La educación debe partir del niño, no del adulto. Más que “hacer algo” del niño se trata de promover que el niño mismo haga de sí un hombre maduro. Ahora bien, el niño es una realidad mucho más compleja de lo que imaginó la psicología racional de antaño: es un ser biológico, psicológico y social inmerso en la corriente de ideas, valores, creencias y actitudes de su sociedad y de su época. Cada disciplina científica debe, pues, contribuir con su aporte específico al esclarecimiento de esa multiplicidad de factores que en una u otra forma lo determinan. Es así como el término “pedagogía” se ha visto suplantado por el de “ciencias de la edu-

cación” que comprende mejor las tareas educativas.

A consecuencia de la revolución científica que se inició a mediados del siglo XIX, ha sido puesta en tela de juicio la pedagogía tradicional. En la medida en que la ciencia y la técnica han dado una nueva configuración al mundo, el hombre del siglo XX ha remodelado su propia imagen y la imagen que tenía del universo. Nunca como ahora se había hecho tan evidente la estrecha interdependencia del hombre con su medio ambiente. En términos del condicionamiento operante podríamos decir que el hombre se ve afectado inevitablemente por las consecuencias de su conducta. No es posible, en la actualidad, concebir el mundo como una realidad estática en la que cada individuo tiene un puesto y un oficio definidos, prefijados. Antes bien, sobre el hombre moderno pesa la responsabilidad de imprimirle orden o sentido a la evolución que ha desencadenado, so riesgo de perecer en ella como en un remolino. Sobre la base de esta realidad la pedagogía contemporánea deberá confrontar al hombre —y no solamente al niño— con un mundo que deviene, y disponerlo para adaptarse a

sus futuros cambios. Posición antípoda a la adoptada por la pedagogía tradicional, que consideraba la educación como un hecho acabado —una suma, un resultado— en consonancia con la concepción de un mundo constituido.

No obstante las reformas iniciadas, la pedagogía debe someter a revisión continua sus objetivos, métodos y técnicas, pues muchos programas escolares se siguen elaborando de acuerdo con formulaciones anacrónicas y obsoletas, del mismo modo como perduran todavía en algunas sociedades formas de vida anquilosadas que pertenecieron a otras épocas. Desde esta óptica resulta comprensible la rivalidad entre educación y cultura, que la historia hace patente. La educación, fenómeno de continuidad, se opone a menudo a la cultura, fenómeno de variación. Cuanto más estática sea una cultura tanto más la educación amenaza comprometer su estabilidad. Por el contrario, una sociedad dinámica propicia el acercamiento de una y otra. El autor cuyo libro reseñamos se aboca a la tarea de hacer converger la educación y la cultura e intenta contribuir a la solución del problema.

Con este propósito A. Clause divide su libro en cuatro partes, una introducción y las conclusiones. “Se denominará Ciencias de la Educación —expresa la introducción— al conjunto de disciplinas que consideran los múltiples aspectos de la realidad del individuo (físicos, biológicos, psicológicos, sociales), las condiciones dentro de las cuales se efectúa la obra educativa (civilización, ideología, sociedad, etc.) y, finalmente, las técnicas instrumentales tomadas de esas diferentes disciplinas y aplicadas al objeto propio de la acción considerada”.

Tal definición comporta ya los elementos de crítica a la pedagogía tradicional, que desarrollará en el cuerpo del libro. Las cuatro partes corresponden a: Educación y Axiología, Educación y Biología, Educación y Psicología, Educación y Sociología.

La revisión de la educación requiere precisar sus finalidades y objetivos de

acuerdo con los valores que pretende realizar. A la axiología le compete esta tarea. En un primer capítulo de *Generalidades* (las siguientes secciones conservan este mismo desarrollo), el autor reconsidera el concepto de “naturaleza humana”. Ésta consiste en la *Constitución biológica* que, en cuanto “aptitudes”, ha permanecido relativamente estable a partir del *homo sapiens*. En cambio, las diversas “capacidades” en que ha florecido manifiestan el influjo de la cultura. Individuo y sociedad forman, como lo explica la idea de “campo”, un conjunto dinámico cuyos elementos recíprocos interactúan en busca de equilibrio. Si el individuo se aferra a un cierto equilibrio alcanzado, su personalidad se anquilosa; pero se desarrolla, en cambio, cuando supera esos equilibrios precarios en busca de nuevas posibilidades. Fenómeno análogo acontece con la sociedad, la cual puede cerrarse en una parálisis intransigente —y con eso la educación le es extraña—, o bien abrirse a un dinamismo creador que amplía sin cesar el círculo de su seguridad. Estos hechos permiten dividir la historia del mundo occidental en dos grandes periodos: una especie de prehistoria, caracterizada por la mediocridad y la impotencia, y la historia, que se abre con posibilidades infinitas de liberación y dominio. En el siguiente capítulo compara el mundo tradicional con el moderno. El primero se caracteriza por dos rasgos esenciales: la permanencia y la dicotomía. La permanencia alude a la inmovilidad propia de una civilización pobre en ciencia y técnica, sustentada por una filosofía fixista. El segundo rasgo se refiere a las múltiples distinciones, llevadas a la práctica, de aspectos indisolubles de la realidad, tales como la separación entre pensamiento y acción (inteligencia teórica vs. inteligencia práctica). En el plano educativo se fijan metas a las que se conduce al niño. Pedagogía dogmática y magisterial; adiestramiento para cumplir una misión prefijada; simple transmisión de conocimientos. Esta pedagogía pervive aún en la enseñanza actual sobreponiendo dos corrientes: la formalista, que

ejercita la razón por sí misma, desligada de lo real (gimnasia intelectual), y la activista, que considera la actividad intelectual como una suma, un resultado (método herbartiano).

La productividad es el factor desencadenante de las transformaciones del mundo moderno. Sus rasgos son el dinamismo y una gran movilidad social. La necesidad de satisfacer exigencias siempre nuevas borra la dicotomía de una sociedad "segmentaria" para hacer de ella un organismo vivo cuyos miembros actúan en interdependencia estrecha. Hay una mayor libertad individual porque los roles son variados y flexibles. La filosofía evolucionista siguiendo el mismo camino. Observación y experimentación son los primeros gérmenes de la filosofía científica, que se erige sobre lo susceptible de ser experimentado y verificado y rechaza toda concepción *a priori*. La irrupción de la teoría evolucionista lleva a suplir las nociones de permanencia y absoluto por las de relatividad y cambio. La verdad no es absoluta, pues cambia con la mutación de la realidad. Esta concepción relativista de la verdad no conduce a la indiferencia; acentúa, más bien, la necesidad de búsqueda, de apertura, de iniciativa. Desde esta perspectiva, el aprendizaje debe situarse en la "totalidad" de las condiciones reales en las que se efectúa y desarrollar en el niño la "inteligencia creadora", la capacidad de manejar el medio con todos los recursos que posee. En la conclusión lógica de este planteamiento subraya el autor la necesidad de reconsiderar la educación como un hecho observable, descriptible y explicable, en lugar de elaborar ideales *a priori* y de enunciar reglas para realizarlos.

En la segunda parte A. Clause plantea el fenómeno del "crecimiento" desde el punto de vista biológico. En el capítulo dedicado a la naturaleza del crecimiento atiende a la relación entre el factor congénito (aptitud) y el factor ambiental (aprendizaje) y señala con claridad las implicaciones cualitativas y cuantitativas de este proceso activo. Lo más digno de mención

son las aplicaciones pedagógicas que deduce de los seis grandes principios del crecimiento, referidos en el capítulo 30. Tienen en común la necesidad de "volver al niño" y la de atender más a las diferencias intraindividuales que a las interindividuales. Homogeneidad, diferenciación e integración progresivas son los parámetros de un crecimiento dinámico.

A las implicaciones psicológicas de la educación dedica la tercera sección, mucho más amplia que las otras. La aportación de la Psicología se reduce esencialmente al estudio del aprendizaje. Aclara, en oposición a concepciones antiguas, que el aprendizaje no es mera acumulación de conocimientos; es un proceso que especifica la naturaleza humana y atañe a toda la personalidad. El problema educativo consiste en conocer los factores que contribuyen a la mejor y más económica realización de aprendizajes favorables. El primer capítulo abarca los principales presupuestos científicos y metodológicos que todo educador deberá tener en cuenta antes de iniciar al niño en los diferentes aprendizajes, y con ello recuerda de paso la complejidad de la tarea. Tres cosas sobresalen en esta exposición: la llamada de atención para que los hábitos no suplanten en los alumnos las aspiraciones, la búsqueda, y vayan más allá de lo adquirido; el intento por los dos grupos opuestos de teorías –asociacionistas vs. sintéticas–; y el énfasis hecho sobre el problema de la motivación, sin la cual quedaría trunca la explicación de cualquier proceso. En efecto, si la escuela no toma al niño como una *tabula rasa* –pues llega a ella provisto de su equipo motivacional– la tarea escolar consistirá en inculcarle móviles, actitudes y aspiraciones más que hacerle adquirir conocimientos. Dentro de esta perspectiva surge el concepto de "tareas de desarrollo", que consiste en encontrar para cada edad y cada individuo aquellas actividades que respondan, por una parte, a las posibilidades e intereses del niño y, por otra, a las necesidades de la sociedad y de la educación. En el capítulo

lo segundo trata de los diferentes niveles y campos del aprendizaje, desde el desarrollo de las capacidades psicomotrices hasta el desarrollo de hábitos, actitudes e intereses. El mérito principal de este capítulo —y por lo mismo, paradójicamente, su demérito— estriba en la amplitud de los tópicos que comprende, que lo hace ser más descriptivo que profundo. Pero era necesario enfocar la atención hacia problemas por desgracia tan preteridos como el desarrollo de la vida afectiva y de la vida social. Especialmente sugestivo es el párrafo dedicado a la “solución de problemas”. Este término engloba el de “pensamiento” y sugiere colocar al niño en el contexto vivo de sus problemas para que él mismo les busque solución, lo cual desarrolla no sólo su “inteligencia” sino su personalidad total. El autor olvida, no obstante, la relación indisoluble entre el pensamiento y la emoción, así como la asimilación más reciente sobre inteligencia —intereses—. Advertencia análoga hay que hacer del párrafo sobre memoria. En general se puede objetar a este capítulo que no se basa en la experimentación de los últimos años. Resulta extraño un tratado tan amplio del aprendizaje que no alude a conceptos tales como “reforzamiento positivo y reforzamiento negativo” (incluyendo castigo), la distribución de la práctica, los mecanismos de codificación de la memoria, etcétera.

La última parte presenta los aportes de la Sociología. La movilidad social tan amplia que caracteriza a las ciudades en la civilización occidental ha borrado un tanto los límites que suelen señalarse entre las formas de educación “naturales” (familia) y las formas “artificiales” (escuela). No todo en la familia es inconsciente y espontáneo, como tampoco la actividad escolar obedece siempre a objetivos deliberados. En el capítulo segundo —las diferentes “formas” educativas— concluye el autor, después de un rápido vistazo histórico al papel de la familia en la educación, que la familia debe ser considerada, a pesar de sus actuales vicisitudes, un elemento de estabilidad que efectúa en el niño apren-

dizajes sociales profundos y duraderos: crea el sentimiento de pertenencia en el que arraigarán más tarde las concepciones propias del individuo. —No obstante, también, la socialización reciente, escuela y familia no pueden desvincularse: el niño “lleva toda su familia a la clase”. Al tratar de las “Instituciones y órganos comunitarios” el autor rechaza la idea del “pluralismo escolar”, al que adscribe inconvenientes morales, intelectuales, pedagógicos y financieros. Cuando habla de la escuela vuelve sobre ideas ya expresadas en la primera y tercera partes, ideas que aquí esquematiza en forma lacónica y sin matices. Contrasta de nuevo la oposición que Clausee descubre entre la “escuela tradicional” y la “escuela moderna”, y más concretamente las notas exclusivamente negativas que adjudica a la primera. Tal contraposición, a fuer de unilateral y categórica, nos parece un tanto simplista. Por el contrario, son sumamente inspiradoras las consideraciones y sugerencias que presenta, al final de esta sección, con vías a la “revolución” educativa: “La psicología, como la sociología, nos lleva a la conclusión de que conviene redefinir la cultura, precisar sus exigencias y, por tanto, sus medios e instrumentos”.

Finalmente, presenta en la sección de Conclusiones las dos grandes filosofías educativas —la *filosofía perennialista* y la *filosofía progresivista*—, y las ofrece como dos alternativas sujetas a opción personal.

Sobresale la coherencia lógica en el desarrollo de las ideas. A. Clausee es congruente, de principio a fin, con su filosofía educativa de cuño positivista. A lo largo de las tres últimas partes dejamos asentadas algunas objeciones y expresamos nuestro acuerdo fundamental con lo que desarrolla en ellas, dado que aceptamos los supuestos científicos en que se basan. Esto no es incompatible con el desacuerdo que podamos tener, y que de hecho tenemos, respecto a los presupuestos filosóficos. La ciencia y el instrumental que proporciona pierden su neutralidad en manos de quien los maneja. Queremos decir con esto que las técnicas del aprendizaje, por ejemplo,

pueden ser empleadas con intenciones diversas de acuerdo con la axiología que se defiende como punto de partida. El autor que recensamos lo hace obedeciendo a la suya y en esto reconocemos su coherencia, por más que discrepemos de él en lo que se refiere a concepciones metafísicas y epistemológicas, tales como el concepto de naturaleza humana, el relativismo de la verdad y el principio del éxito en la sobrevivencia como criterio de verdad y norma de acción.

El libro se lee con fluidez pues está escrito con gran claridad. Sin embargo, su interpretación de los hechos nos parece también claramente parcial. No estamos en desacuerdo con todas las cosas que subraya sino en que a fuerza de subrayar unas decolore otras. Parece empeñado en acentuar la pura facticidad. La evolución es un hecho casi inobjetable, pero de ello no se sigue que todo sea un mero devenir. Si la evolución es un fenómeno de continuidad no entendemos cómo la revo-

lución industrial haya separado de un tajo el "mundo tradicional" –al que encasilla en la "historia"–. El "respeto a los hechos" que trata de inculcar involucra el respeto a lo que la tradición aporta como útil al presente, aporte que es también un "hecho". En suma, no discutimos tanto las afirmaciones –que en un libro de otra naturaleza no aceptaríamos sin matices– cuanto lo que tienen de exageración, parcialidad y dogmatismo.

Sobre la base de estas aclaraciones podemos expresar nuestro acuerdo con los objetivos pedagógicos que persigue y felicitar la contribución interdisciplinaria que presenta. Su pugna por llevar la educación de la "escuela" a la "vida" nos parece su aportación más valiosa. El libro, más descriptivo que especializado, cumple su finalidad de "iniciar" en este vasto campo que precisa ser roturado por entero.

**José J. Treviño Botii.**  
Universidad Iberoamericana